Cien años del sueño de unos estudiantes locos por el fútbol

• El Iberia Sport Club, entidad que dio al Real Zaragoza su equipación avispa, el estadio de Torrero y la licencia con la que compite, fue fundado hace un siglo. Pese a disfrutar sólo de 15 años de existencia, su legado pervive



Orla de campeones, ARCHIVO GAYARRI





El último partido. El Iberia disputó su último partido el 13 de marzo de 1932 en Valladolid (3-1). Jugaron Rolloso, Tomás, Chomín, Zorrozua, Latre, Anduiza, Juaniro, Almandoz, Epelde, Orcoloaga, Blesa y Simón. FOTO: ARCHIVO DOCTOR PARICIO

ZARAGOZA. Invocar al Iberia Sport Club es sinónimo de retrotraerse a los orígenes del fútbol en Zaragoza y Aragón, una apasionante etapa en la que se pusieron los cimientos a todo el desarrollo posterior. A buen seguro, ni Los Magníficos, ni los Zaraguayos, ni la Quinta de París hubieran existido sin la acción de aquella entidad pionera cuyas huellas todavía se reflejan cada vez que el Real Zaragoza sale al campo enfundado en la equipación avispa que tomó prestada en homenaje a su antecesor. 100 años después de su nacimiento -fue fundado el 24 de marzo de 1917-, su legado permanece plenamente vigente en la memoria colectiva.

«La potencia identitaria del Iberia era muy fuerte y sus raíces perviven. Además de los colores negro y amarillo, el Real Zaragoza compite con la licencia que aportó en 1932 en la mal llamada fusión con el Zaragoza Club Deportivo», explica Pedro Ciria, autor del indispensable 'El sueño de ser grandes. Historia del nacimiento del fútbol en Zaragoza' (Mira Editores).

Pese a sus escasos 15 años de existencia, su travectoria fue tan intensa como fructífera, acariciando en dos ocasiones el ascenso a Primera División, protagonizando encarnizados derbis contra el Zaragoza Deportivo o como uno de los precursores de la Liga de Fútbol Profesional.

Su génesis debe buscarse en dos hermanos argentinos, los Abinzano, que estudiaban en el colegio de El Salvador y que habían enloquecido con la fiebre del por entonces novedoso foot ball'. Ansiosos por conformar su propio equipo, visitaron a don José María Gayarre (ver artículo de la siguiente página), para solicitar su amparo. Acudieron a la cita sólo con el nombre en la cabeza y salieron de la misma con un puñado de camisetas gualdinegras que habían pertenecido a la desaparecida Sociedad Gimnástica y con el tutelaje de tan insigne figura. «El club se organizó rápido en base a talentos como Alfredo Smith, Ginés, Berdejo, Daniel Urroz, Felipe Sáenz de Cenzano, Manolo Escuin, Pepe Miguel, Fernando Andrés y los hermanos Ricardo y Julio Óstalé. Los jugadores cotizaban como socios y entre ellos se repartían todos los cargos directivos, con Ricardo Ostalé como presidente», relata Ci-

El ímpetu y la dureza con la que se aplicaban en los partidos fueron desde un principio las señas de identidad de una escua-dra que se abasteció de algunos obreros de la industria Carde y Escoriaza, especializada en la construcción de vagones y coches para ferrocarril. Más fuerza que técnica y la contundencia sobre el preciosismo se condensaban en su filosofía futbolísti-

Lo que arrancó como el sueño de dos hermanos y sus amigos, no tardó en ampliar el marco. «Durante sus primeros años, el Iberia se nutrió casi siempre de jugadores regionales, pero cuando las circunstancias fueron propicias, se optó por incorporar otros elementos, la mayoría vascos provenientes del curso escolar universitario», revela Ciria. El prestigio de la Facultad de Medicina actuaba de sugerente imán para potenciales futbolistas procedentes de toda España, especialmente del País Vasco. Y la creciente competitividad dio paso a la implantación del llamado 'profesionalismo marrón', es decir, el pago de fichas bajo mano para atraer a buenos jugadores. «Los fichajes no se regularon hasta la segunda mitad de la década de los 20. Pero el fútbol cada vez generaba más en todos los sentidos y los clubes querían ser más potentes para ganar. Fue una bola que se fue haciendo ca-da vez más grande. La otra cara de esta escalada fue el endeudamiento y que muchos no pudieran pagar lo comprometido», concreta este Doctor en Histo-

Una rivalidad que se tensó sobremanera cuando comparecían en el campo el Iberia y el Zaragoza Deportivo, propiciando unos intensísimos derbis en la ciudad. Emilio Moliner Tarragó, de 93 años y el socio más anti-guo del Real Zaragoza, fue testigo en su infancia de aquellos choques que trascendían a lo futbolístico para incrustarse en lo social. «Iba de la mano de mi padre. La rivalidad entre ambos era enorme, más por parte del Iberia que del Zaragoza. El juego solía endurecerse, aunque de forma noble. Era un espectáculo magnífico. Fue en duelos así en los que se fue formando mi afición por el fútbol», rememo-

Ciria aporta su visión más académica: «El antagonismo afecta-ba al resultado del partido, pero iba más allá. Los clubes zaragozanos competían en todo. Por tener el mejor campo, por tener la primera piscina (el Iberia fue pionero y anegaba la pileta con agua del canal) o por organizar los mejores bailes y conciertos. La ciudad latía con esa rivalidad. Se discutía de fútbol en las tertulias en bares como el Salduba o el Ambos Mundos. O los domingos, mientras paseaban por Independencia, los aficionados del Iberia gritaban a los del Zaragoza y a la inversa».

Dos escenarios constituyeron el teatro de los sueños iberienses. Primero en el campo situado en la calle Bilbao y, sobre todo, a partir del 7 de octubre de 1923 en el mítico Torrero. Aquella jornada se inauguró, en un amistoso contra Osasuna, un estadio que permitió un salto de calidad a una institución que ansiaba transitar por las competi-ciones autonómicas pero también nacionales. «Su rápida construcción puso al Iberia a la vanguardia. Tras su estreno, fue enriqueciéndose con césped. riego, una nueva tribuna, servicio de bar y hasta el campo adiunto de San Antonio con un velódromo incorporado. Tenía un aforo de 15.000 espectadores, 4.932 de los cuales sentados», indica Ciria, Curiosamente, el hecho de ser una instalación en propiedad que pasó al Real Zaragoza en 1932, su venta en 1957 tras las gestiones de Cesáreo Alierta alimentó la supervivencia de un club carcomido por las deudas económicas.

En lo deportivo, el dominio del Iberia fue casi tiránico en el ámbito regional. El Campeonato de Aragón se tiñó de gualdinegro en once ocasiones desde 1917 hasta 1931 (sólo faltó a la cita con el título en 1922, 1924 y

Militó durante tres ejercicios en la Segunda División (desde 1928 hasta 1931). En su debut en la categoría se erigió en la gran revelación, con un meritorio segundo puesto en el Grupo A, a un punto del Sevilla, y por delante del Alavés, del Sporting de Gijón, del Valencia o del Betis. Y en su segunda incursión volvió a quedarse a un suspiro del ascenso a la élite. Un paseo por las nubes que concluyó abruptamente en 1931 con el descenso a Terce-

Unas metas cada vez más ambiciosas que inscribieron tanto al Iberia como al Zaragoza Deportivo en una frenética carrera que dejó muchas facturas por pagar. La situación se tornó en tan insostenible financieramente que tomates v avispas unieron sus fuerzas como única vía para la supervivencia. «Los años 20 fueron de crecimiento económico, pero en los 30 España y el mundo sufrieron una crisis durísima, con el crac del 29 y una subida del paro superiores al 20%. Los clubes padecieron las consecuencias v obviamente se resintieron hasta hundirse poco a poco. La solución fue un proceso tan traumático como la mal llamada fusión», remata Ciria.

J. F. LOSILLA EIXARCH

Gayarre, el padre del fútbol aragonés

REPORTAJE

Fundador de la Federación Aragonesa de Fútbol, último presidente del Iberia y primer presidente del actual Real Zaragoza, José María Gayarre fue el indiscutido propulsor del deporte rey en la Comunidad



Don José María Gayarre Lafuente. ARCHIVO GAYARRE



La directiva del Iberia en el campo de Torrero en abril de 1925. De izquierda a derecha, Luis Gavarre (hermano de José María), Beltrán, Lasheras, Simón, Castejón, Mendiri, Pertusa y Murúa. José María Gayarre no tardaría en sumarse y presidirla

ocas figuras resultan tan trascendentales e interesantes en la historia del fútbol aragonés como José María Gayarre. Poseedor de un alma emprendedora e indómita, fue el catalizador de instituciones y entidades y pasó a la historia como el último presidente del Iberia y el primero del actual Real Zaragoza. Don José María Demetrio

Gayarre Lafuente, nació el 22 de diciembre de 1893, en el seno de una familia de procedencia navarra. Hijo de Segundo y Casilda, fueron cinco hermanos: José María, Luis, Natividad, Amparo y Patrocinio. Pasó la primera mitad de su vida en Zaragoza, y el resto en Madrid. Pese a todo, puede afirmarse que fue el padre de todo lo que a organización futbolística existió en Aragón desde los primeros años del siglo XX hasta la Guerra Civil, es decir, si a alguna persona se le pudiera dar el título de fundador del fútbol aragonés, ese sería José María Gayarre.

El dinamismo demostrado en el mundillo social, cultural y político de la Zaragoza de los años diez v veinte, estaba íntimamente relacionado con el fútbol, puesto que, como comprobó Gayarre, las personali-dades más relevantes comenzaron a partir de 1913 a involucrarse cada vez más en la explosión del balompié. Varios pasos dio en su carrera, cuva meta y gran anhelo final era la creación de una Federación Aragonesa de Fútbol. Todo se inició con la Gimnástica Zaragozana, entre los años 1913 y 1915, rondando José María los veinte años ya era el presidente. Ello le dio un prestigio que le aupó a la sección de fútbol de la Asociación Aragonesa de Cultura Física, de la cual también fue uno de sus fundadores. Y de allí a la tutela del

Y en estas, en 1917, nace el Iberia que recurre a Gayarre en busca de consejo y tutela, éste se lo ofrece gustosamente y además les da como equipaje las camisetas que aún sobraban de la aventura de la Gimnástica: los míticos colores avispa. En principio no se involucrará más en ese proyecto, pues tiene entre ceja y ceja algo más importante. Varios clubes están creciendo ya, entre ellos el propio Iberia, el España, el Stadium, y se atisba la posibilidad de engendrar la institución deseada: la Federación. El 25 de enero de 1922 sobre las ocho de la tarde, se reunieron los delegados de los clubes en el gimnasio de Pérez Larrosa y oficialmente se constituyó la Federación Aragonesa de Fútbol bajo la presidencia de José María Gayarre.

Futbolísticamente, de la presidencia federativa pasó al Iberia, pero en ese ínterin de tiempo, entro a formar parte del periódico 'El Noticiero' como cronista deportivo bajo el seudónio Goal, 'cojeando' ostensiblemente a favor del bando iberista, lo que hizo que se ganara los rencores de muchos, que le hicieron salir del periódico. Finalmente recaló en las filas del Iberia. Con dos frentes abiertos, el del Iberia y el de la Federación que nunca abandonó, entretejió las redes que hicieron vincularse al fútbol a los hombres más representativos de la sociedad zaragozana.

Fue el primer presidente del nuevo Zaragoza FC, nacido en 1932, y como tantas otras veces, dejó paso al resto. Todo parece ir viento en popa, el equipo mejora, el estadio se llena y se logran éxitos. En la temporada 1934-1935 se le concede la primera Medalla al Mérito Futbolístico, instituida ese año por la Federación, como premio a su trayectoria e impagable labor, v en febrero de 1935 se le hace un homenaje. Para muchos aficionados al fútbol, en esos momentos José María Gayarre es un mito vivo del deporte.

José María Gayarre sufrirá las consecuencias del terror caliente de los primeros meses de la guerra y deberá salir de Zaragoza para no volver nunca más salvo de visita. Un escarnio público, a cargo de unos exaltados, relacionado con su condición de homosexual le obligó a marcharse. Siempre estuvo del lado del alzamiento, calificó la República como «catástrofe» y la definió como el «incontenible avance de las ideas destructoras de los principios fundamentales de la tradicional sociedad netamente cristiana y española». Sin embargo, sus convencimientos políticos no le salvaron de la represión. Tras un breve paso por Írún, se instaló en Madrid. Siguió de lejos al Zaragoza, heredero de su Iberia; los pasos de su Federación, y tantas otras cosas de las que era padre.

A comienzos de los años cincuenta redacta sus memorias, un impagable documento en el que rememora las personalidades del fútbol aragonés y las peripecias del mismo. Recuerda con nostalgia los buenos y malos momentos, v se lamenta de haber "desperdiciado" tantos años, tantos sudores, tantos malos ratos, en algo que tan escasos beneficios le había, a su juicio, reportado. Triste y nostálgico fallece en Madrid el 8 de febrero de 1968, a los 74 años. Y aunque él creyese que no, en Aragón se le admiraba. Los periódicos se lamentan de la noticia, y en señal de respe-to y admiración, la Federación Aragonesa crea un nuevo premio, que todavía hoy se otorga cada temporada al directivo del club regional que se ha distinguido por su perseverancia y entrega al fomento del fútbol aficionado y juvenil, y que desde entonces lleva su nombre: José María Gayarre.

PEDRO CIRIA